

# HOMENAJE a SARMIENTO\*

Con esta sencilla ceremonia que cuenta con la presencia del señor presidente de la Universidad, y cuyas palabras debo pronunciar acatando una resolución del Sr. decano, que así me dispensa un honor que no merezco, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata inicia la serie de actos programados en homenaje al ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Domingo Faustino Sarmiento. En nuestra Facultad y en nuestra Universidad, imbuídas del espíritu laico y progresista de Sarmiento, la actividad cotidiana es homenaje permanente a su figura, pero una fecha como la que hoy se conmemora nos obliga a hacer un alto en el camino para concentrar nuestra acción en favor de sus ideales. Por ello nuestro tributo de hoy no es más que el comienzo de un intenso programa de difusión de la vida y la obra sarmientinas a través del trabajo mancomunado de departamentos, institutos y cátedras, deseosos de entregar al país, y particularmente a sus jóvenes, un tesoro que requiera penetración y elabora-

ción constantes. Este será para la Facultad —y aquí lo declaramos públicamente— el “año sarmientino”, en el cual se sucederán clases y conferencias, dentro y fuera de sus claustros, y se publicarán varios volúmenes sobre las distintas facetas de la existencia y el ideario de Sarmiento. Entre estos últimos merecen especial mención dos tomos de la revista *Humanidades* con la colaboración de autores argentinos, americanos y europeos que ha permitido reunir un material riquísimo que constituirá, sin duda, un gran aporte al conocimiento del eminente argentino y al desarrollo de la cultura nacional. También, y junto a la labor proyectada por los otros departamentos, el nuestro de Ciencias de la Educación prepara un volumen sobre *Sarmiento desde la pedagogía*.

Resulta difícil, por no decir imposible, abarcar en el escaso espacio de un discurso que acompaña a la colocación de una ofrenda floral, la estampa multiforme de Sarmiento. Sin embargo, él mismo se ha autodefinido en un mensaje suyo, rara combinación de orgullo

\* Discurso pronunciado por el jefe del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, profesor Ricardo Nassif, frente al monumento a Domingo Faustino Sarmiento, en la ciudad de La Plata, el 15 de febrero de 1961, con motivo del homenaje rendido por la mencionada Facultad.

y modestia, de serenidad y de impaciencia, escrito en uno de los momentos de recogimiento que matizaban su combate inacabable: "He labrado como las orugas mi tosco capullo, y sin llegar a ser mariposa me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan. Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria; endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creía bueno y coronando la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y, sin fortuna, que nunca codicié, porque es bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé más que dejar millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas su territorio como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, del que yo sólo gocé a hurtadillas". Síntesis apretada, pero exacta de un genio americano. Valdría la pena que los jóvenes pudieran repetirla con respeto. Está allí Sarmiento entero, mostrando una vida que puede considerarse la más grande aventura espiritual que pudo realizar un argentino del siglo XIX. ¡Sí! Imposible resulta definir a Sarmiento en pocas o en muchas palabras. Pero nos asiste el derecho de espigar entre las formas múltiples de sus pensamientos y de sus vivencias, de sus sueños y de sus obras,

para quedarnos con el maestro que él quiso ser por convicción y por instinto. No se le ocurrió nunca pensar que pudiera ostentar título más alto, y de su magisterio podría decirse —apenas modificando una palabra— lo que escribió de su libro *Educación popular*: "A aquel título, con preferencia a cualquier otro de los míos" —y Sarmiento obtuvo muchos títulos con su esfuerzo de autodidacta— "confiara la guardia de mi nombre".

Si cada hombre se explica por un mensaje o por una verdad esenciales, el mensaje de Sarmiento, la verdad de Sarmiento —y dijo tener los puños llenos de ellas— es la educación, la siembra de escuelas, los pensamientos fundamentales sobre la dignificación espiritual y material del hombre argentino y americano por medio de la cultura.

Este convertir la educación en la raíz de un mensaje y vivirla como una pasión es lo que hace de Sarmiento un típico pedagogo americano. América, "nuestra América", cuenta entre sus rasgos capitales el de una profunda "vocación pedagógica", expresión con la cual se traduce algo que le es inherente y que configura la acción de sus arquetipos despertándoles el deseo de integrar una nueva totalidad histórica. Esto ocurre con todos los pueblos que aspiran a una estructuración original, pero en ninguno se da con la fuerza que se observa en los latinoamericanos. Quizás por ser un conjunto de comunidades jóvenes, la vida de estos pueblos tenga un matiz predominantemente pedagógico que puede llegar a definirla. Así como atribuimos un espíritu pedagógico inmanente a los individuos que experimentan imperiosamente la necesidad de formación y de perfeccionamiento, ¿por qué no decir de pueblos como

## HOMENAJE

el nuestro que, al querer configurarse persiguiendo una forma adecuada, son simultáneamente espectadores y actores de un inmenso proceso de autodeterminación? Resulta tan evidente este aspecto del "caso americano" que sus grandes hombres fueron educadores en el más amplio sentido de la palabra. Ellos, Sarmiento el primero, Martí, Hostos, Varona, por no mencionar sino algunos, no han hecho más que traducir en todos sus actos la vocación y la urgencia educativas de América, vocación y urgencia que al mismo tiempo vivían en la propia intimidad. La pasión educativa de Sarmiento es la proyección de un proceso interior sobre un país en marcha y que por lo tanto no puede desenvolverse a través de una mera pedagogía de gabinete. Sin duda hubiese hecho suya la lección que Martí aprendió de de la Luz y Caballero: "Sentarse a hacer libros" —Sarmiento escribió muchos, pero en el campo de batalla— "que son cosa fácil, es imposible, porque la inquietud intranquiliza y devora y falta el tiempo para lo más difícil que es hacer hombres".

Es ante este Sarmiento, ante el genio pedagógico de América, ante el hacedor de hombres, y por ende de pueblos, ante quien la Universidad se inclina reverente, porque sabe que todo lo que además, fue, lo fue para cumplir su destino de educador del pueblo.

Muchos han visto en Sarmiento un enemigo de la Universidad, y habrá quienes anticipen un gesto de asombro por el homenaje que ésta le rinde. Es verdad que, en su apresuramiento de predestinado, escribió palabras que, leídas sin sentido crítico y fuera del contexto, pueden considerarse injustas para los estudios superiores. En su momento vio la urgencia de la instrucción ele-

mental y la experimentó con tanto brío que llegó a manifestar su falta de aprecio por la "educación más arriba de la educación primaria como medio de civilización". "Es la educación primaria la que civiliza y desenvuelve la moral de los pueblos. Todos los pueblos han tenido siempre doctores y sabios sin ser civilizados por eso. Son las escuelas la base de la civilización". Pero estas palabras tuyas no pueden tomarse independientemente de la totalidad de su obra. A él se le debe no sólo el impulso de la Escuela Normal, sino también la fundación de escuelas técnicas, de facultades universitarias, de escuelas navales y militares, de academias y centros científicos de vida definitiva en el país, además de haber ganado, entre otras tantas, la gloria de haber recibido con alegría el advenimiento de Ameghino, para él representante de un nuevo espíritu científico, y de haberse sentido orgulloso de la amistad de sabios y poetas. Sarmiento no sintió desprecio por la Universidad, sino por una cierta Universidad y su juicio poco favorable se explica dentro de una determinada circunstancia histórica. Deseaba una reforma esencial en la estructura universitaria de entonces, verdadera incubadora de burócratas verbalistas alejada de los progresos que había fecundado el método científico. El pesimismo de Sarmiento frente a las organizaciones tradicionales de cultura superior era el reverso de la Universidad nueva que soñaba ardientemente. Si nuestra Universidad de hoy insistiese en marchar por los caminos trillados de la burocracia y del verbalismo, del ciego acatamiento al criterio de autoridad en las cosas del espíritu, en la indiferencia hacia los problemas de la comunidad y de sus miembros, muchos universitarios estaríamos

## HOMENAJE

en la misma posición de Sarmiento. Pero al haber emprendido el rumbo de la investigación, de la actualización científica, del cultivo de los valores humanos verdaderos, de la participación en la vida nacional y humana desde su mirador de alta cultura, y al abrir las puertas para que todos los hombres puedan gozar de los beneficios de la enseñanza superior, no hemos hecho más

que convertir en nuestra la lucha del gran sanjuanino. Las universidades nacionales, las que efectivamente pertenecen al pueblo, están identificadas con el pensamiento del Maestro, y en el año del sesquicentenario de su natalicio toman para sí un puesto importante en la tarea argentina de guardar con amor para las generaciones venideras una obra y una vida ejemplares.